

## Mil novecientos ochenta y cuatro

Arcadi Espada

Cuando se revisa la distopía de George Orwell, y su lugar en nuestro mundo, se suele acabar con un hondo suspiro reparador: *1984* fue un producto, aunque muy aleccionador (siempre lo subrayan), de la imaginación creativa. Y, en efecto, tienen parte de razón. La profecía orwelliana no se ha cumplido, en términos generales, y nuestro mundo no está organizado en Eurasias y Oceanías, indiferentes como espejos al sufrimiento del hombre. El problema de semejante punto de vista está directamente relacionado con el título (muy bueno, por mil otras razones) que Orwell le puso a su largo poema en prosa: un título futurista que vinculaba una determinada posición del tiempo con la dramática circunstancia descrita. Orwell también atribuía otra característica al mundo de *1984*: su pétrea inmovilidad; su solemne promulgación, precisamente, del fin del tiempo.

Pero, respecto a su vinculación con lo real, *1984* no debe ser entendido como una fecha. Ni como una fecha ni como un estado global. *1984* debería designar más bien un repentino estado de las cosas, el terrible síndrome que se apodera de vez en cuando de los hombres y los hace comportarse con una crueldad cósmica. Debería designar una posibilidad que se cumple, que se instala en alguna zona del mundo (a veces muy amplia, a veces extremadamente insignificante), que a veces es vencida pero que vuelve, para más desdicha, en zonas a veces muy próximas al delirio. *1984*, en fin, debería designar, por contraste, el obligatorio y permanente estado de vigilia de la razón democrática.

No hay, pues, un *1984* global y eterno. Pero sí ha habido *1984s* locales y efímeros. El mundo comunista, grosso modo, caído en 1989. La Ruanda del genocidio. La Cuba y la Corea del Norte de hoy. Las satrapías islámicas. El Chile de Pinochet. La China inacabable. Los años de plomo en el País Vasco. Y, desde luego, la Argentina de los desaparecidos.

Este libro estremecedor de Andrew Graham-Yooll está escrito bajo la clara influencia del *1984* orwelliano. Desconozco si su autor tiene a Orwell entre sus escritores de cabecera e incluso si ha leído su poema. Es indiferente. Como todos los grandes libros *1984* extiende su influencia, vigorosa, hasta los no-lectores. Es difícil pensar que el capítulo *Las veinticuatro horas de un día* pudiera haberse escrito sin Orwell. Este párrafo, por ejemplo: «Eran las tres y media. Permanecí despierto, pensando si vendrían alguna vez. ¿Quiénes vendrían? ¿Policías uniformados con una orden de arresto porque había escrito artículos sediciosos? ¿O sería una pandilla paramilitar con la orden de capturar a un "guerrillero peligroso" para que no hubiera ninguna duda de que debían entrar disparando?»

Este podría ser uno de los monólogos de Winston, uno de tantos, de cualquier Winston, de cualquiera de nosotros. Tiene la música tensa de aquellas tardes en que Winston y Julia se encontraban en el piso alto del anticuario. Escribe Graham-Yooll como si hubiese vivido en ese piso: «Estaba totalmente despierto: mi mujer se arrebujó contra mí. Con un suspiro volvió a dormirse. Con el brazo derecho rodeé sus hombros y cerré los ojos. Era el único momento de paz que teníamos, si bien la paz era remota, alejada de la tranquilidad deseada por los típicos habitantes de los suburbios».

Hay otra grave coincidencia entre los dos libros. Uno avanza en la lectura sin desprenderse de la misma incómoda pregunta respecto al protagonista: ¿Cuándo lo van a matar? Respecto a Winston (un personaje de ficción) la ilusión narrativa tiene un mérito discreto. Pero en el caso de Graham-Yooll resulta mucho más prodigiosa. El lector tiene a su disposición un paratexto que indica que Graham-Yooll está vivo y

activo, y que salió con vida del horror. Y a pesar de eso, mérito de la escritura y del horror, el lector no las tiene todas consigo y teme que al volver la página lo acibillen a balazos. Sobrevivirá, claro. Como, por cierto, sobrevive Winston. Hay una pregunta que rebasa este prólogo y es: a costa de qué sobrevivió Graham-Yooll, qué es lo que murió con su vida milagrosamente preservada. Por el contrario *Memoria del miedo* sí nos informa de una sustancial diferencia entre los dos aterrorizados. Winston cedió. Así dicen las líneas finales más desoladoras de la literatura del siglo veinte. Discúlpeame la cursilería de citarlas en inglés: «*Two gin-scented tears trickled down the sides of his nose. But it was all right, everything was all right, the struggle was finished. He had won the victory over himself. He loved Big Brother*».<sup>1</sup> Sin embargo, Graham-Yooll resistió y pudo escribir este libro. Y lo que es sumamente importante: identificando a los verdugos entre los militares, pero también entre la izquierda armada. Es uno de los rasgos que da hondura a su memoria y que ha acabado convirtiendo a *Memoria del miedo* en un clásico.

Aún Orwell. Una de las características más inquietantes de *1984* es la ausencia de un discurso con que el tirano justifique (es decir, niegue) la existencia de la tiranía. No sorprende que el ejercicio del poder sea el único móvil real del *Big Brother*. Sorprende que el ejercicio se realice sin cobertura. O dicho más afinadamente: con la única cobertura de la confusión, de la paulatina pérdida de sentido de las palabras, y con ellas de la Historia. El *Big Brother* no apela a la igualdad, la justicia y la fraternidad universales. Tampoco declara que una raza sea superior a otra y el exterminio sea una necesidad evolutiva. Todo el discurso del *Big Brother* está grabado en la fachada del Ministerio de la Verdad:

«La guerra es la paz  
La libertad es la esclavitud  
La ignorancia es la fuerza»

¿Qué quiere decir todo ello? Nada, por supuesto. Todo su sentido radica en su absoluta ausencia de sentido. En *1984* las palabras ya no son lugares de encuentro humano y cualquier aspiración racional de concordia ha desaparecido. La fonética ha sustituido a la semántica y los hombres han sido sustituidos por la masa. Cada tanto las grandes masas de *1984* atraviesan las calles, convocadas, por ejemplo, por la Semana del Odio. Pero en plena celebración el destinatario del odio, de la increpación general, puede cambiar. Si al empezar la ceremonia era Asia Oriental la culpable, Oceanía puede serlo al finalizar. La tiranía está basada en la confusión. Especialmente, claro está, en la confusión entre lo verdadero y lo falso. No hay necesidad de someter al pueblo a la verdad, porque la verdad ha dejado de ser necesaria.

No es el lugar de ocuparse extensamente de esta visión orwelliana, pero sí el de subrayar que, en este sentido, su profecía se ha cumplido plenamente: tanto si atendemos a una visión global (el relativismo cognitivo es el pensamiento popular dominante), como si descendemos vertiginosamente a lo microscópico y observamos a esos gobernantes que en la Europa política desprecian las palabras en la medida que obstaculizan sus mentiras triunfales.

La Argentina de los desaparecidos puede vincularse fatalmente con este último rasgo de confusión deliberada, de vacío discursivo, tan perceptible en la primera distopía de nuestro tiempo. A mi juicio, nunca ha quedado del todo claro cuál fue la cobertura, el ansia de paz infinita, que veló la masacre argentina. Un

---

<sup>1</sup> Dos lágrimas, perfumadas de ginebra, le resbalaron por las mejillas. Pero ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano. (Traducción de Rafael Vázquez Zamora.)

gran mérito del libro de Graham-Yooll es el señalamiento de ese vacío. Y aún más: su interés por no llenarlo de palabrería. Vagamente, y más vago suena todavía en el eco del tiempo, los militares argentinos justificaron su conducta en «la lucha contra la subversión». La desproporción entre la débil flatulencia de ese sintagma y la tragedia desencadenada no se le puede escapar a nadie. Venían por la noche a buscar a las gentes, las arrancaban de sus casas, las sometían a torturas y luego, si acaso, las echaban al vacío desde los aviones. En ese último acto, de una sofisticación insólita, de un ingenio cruel, he visto muchas veces la metáfora de lo que había detrás de los miserables asesinos. Nada había. Cuerpos al vacío y por el vacío. Como las palabras grabadas en la fachada del Ministerio de la Verdad. La pura imposición del gesto signifiante. El trepidante e imparabile envalentonamiento de la acción.

En la cultura española faltan muchas obras claves de la *faction* —que es como me gusta llamar a la literatura de hechos, aun asumiendo el riesgo de que en algunos lugares de América *faction* designe esa literatura estéril que mezcla lo real y lo ficticio—. El libro de Graham-Yooll es uno de ellos. Sorprende amargamente que nunca fuera editado en España, máxime sabiendo hasta qué punto la tragedia argentina fue también, por tantos motivos, una tragedia de los españoles. Devuelve, muy concentrado, un tiempo sobre el que quizá pasamos muy deprisa, llevados por el exitoso timo de la sucesión de noticias. Desde el punto de vista de la aprehensión de la realidad la serialización periodística presenta un grave inconveniente, reforzado en las historias que se extienden a lo largo de meses y años. Con monotonía implacable el periódico informa que ayer fueron descubiertos cuatro cadáveres en la provincia de Rosario. Y mañana otros cuatro, y dos el lunes. Y diecisiete, balance (como dicen, tan graciosos, sin presentar nunca el número de los vivos) del último fin de semana. Los cadáveres van desapareciendo en el sumidero de esa prosa inevitable y narcótica. Hasta que de repente llega alguien como Graham-Yooll y dice, tenga, ahí tiene. Lo que entrega es un mazo de cadáveres. Para la sorpresa general. ¿De dónde salen tantos cadáveres?, se pregunta el lector. La respuesta, como todas las respuestas, está en los periódicos, en su hipnótica entrega fascicular.

Por lo demás, y respecto a su escritura y al alto pacto de veracidad que el autor ofrece, baste saber que en el capítulo titulado *El rescate de los hermanos* el autor presenta a uno de los protagonistas, el dirigente montonero Mario Firmenich vestido con «una camisa de mangas cortas y unos pantalones de algodón». Error imperdonable, como atestigua la nota a pie de página: «Al ser exhibida la filmación de la conferencia en el Juzgado Federal de San Martín, en agosto de 1985, quedó demostrado que Firmenich vestía pulóver verde de mangas cortas. La descripción anterior es una falla de la memoria».

Parece la única falla.

*Memoria del miedo*, por Andrew Graham-Yooll,  
Libros del Asteroide, 2006